

igual á todos. Yo no vengo aquí á juzgar el mérito de Fr. Luis en la elocuencia, cuando soy su admirador: solo he querido explicar, en reverencia de su alta y grande opinion, la causa por qué no es igual en muchas partes de sus escritos su excelente y magestuoso estilo.»

«A pesar de estas imperfecciones (si tal nombre merecen), fué el venerable Fr. Luis colocado á la cabeza de los españoles elocuentes del siglo XVI, y como tal debe tambien venerarlo el presente. Es en la clase de los místicos lo que el célebre Bossuet entre los oradores; un solo primor de estos grandes escritores borra veinte defectos. Jamás autor alguno ascético ha hablado de Dios con tanta dignidad y alteza como Granada; quien parece descubre á sus lectores las entrañas de su Divinidad y la secreta profundidad de sus designios y el insondable piélago de sus perfecciones. El Altísimo anda en sus discursos como anda en el universo, dando á todas sus partes vida y movimiento. Cuando se coloca entre Dios y el hombre, esto es, cuando pinta nuestra fragilidad y miseria en contraposición de su omnipotencia y misericordia; cuando encarece su infinito amor y nuestra ingratitud y rebeldía, es grande, es sublime, es incomprendible. ¿Quién ha hablado con mas energía que él de las vanidades del mundo y de las amarguras del moribundo? ¿de la fealdad del pecado y de la hermosura de la virtud? ¿de la brevedad y miseria de esta vida mortal y de los deleites eternos de la celestial bienaventuranza? Al paso que muestra la pompa de la lengua castellana, ¡cómo esfuerza el tono de la verdad y de sus profundos sentimientos! No solo vemos un estilo claro, terso, llano y numeroso, sino tambien locuciones de dulcísima elegancia, imágenes magníficas y sublimes y una dición siempre pura, castiza y escogida. Su elo-

cuencia es muy parecida á la del Crisóstomo; en ambos se advierte la misma facilidad, la misma claridad y la misma riqueza y abundancia de esposiciones.»

De tal manera se espresa acerca de Fr. Luis de Granada este ilustre critico, á quien no obstante la ordinaria severidad de sus juicios, infunde profundo respeto el nombre augusto del orador que nos ocupa. Traslademos ahora para concluir este capítulo algunos trozos de sus escritos y trabajos oratorios, á fin de que los jóvenes se ejerciten en su análisis y lectura; método muy recomendable y de grandísimo fruto para poderle imitar y recoger las enseñanzas sublimes que á cada paso legó á sus hermanos en J. C. los predicadores del Evangelio, los directores de las almas y maestros de la verdad.

DEL SÍMBOLO DE LA FÉ.

«¡Oh altísimo y clementísimo Dios, Rey de los reyes y Señor de los señores! ¡Oh eterna sabiduría del Padre, que asentada sobre los serafines, penetrais con la claridad de vuestra vista los abismos, y no hay cosa que no esté abierta y desnuda ante vuestros ojos! Vos, Señor, tan sábio, tan poderoso, tan piadoso y tan grande amador de todo lo que criastes, y mucho mas del hombre que redimistes, al cual hicistes señor de todo; inclinad agora esos clementísimos ojos y abrid esos divinos oídos, para oír los clamores de este pobre vilísimo pecador.

Señor Dios mio, ninguna cosa mas desea mi ánima, que amaros, porque ninguna cosa hay á vos mas debida, ni á mí mas necesaria que este amor. Criástemme para que os amase, enseñástemme que aquí estaba el merecimiento, y la honestidad, y la virtud, y la suavidad, y la libertad, y la paz, y la felicidad, y finalmente, todos los bienes: porque este amor es un

breve sumario en que se encierra todo lo bueno que hay en la tierra, y mucha parte de lo que se espera en el cielo. Enseñásete tambien, Salvador mio, que no os podia amar si no os conocia. Amamos naturalmente la bondad y la hermosura; amamos á nuestros padres y bienhechores; amamos á nuestros amigos, y aquellos con quienes tenemos semejanza; y finalmente, toda bondad y perfeccion es el blanco de nuestro amor. Este conocimiento se presupone, para que de él nazca el amor. Pues ¿quién me dará que yo así os conozca, y entienda cómo en vos solo están todas las razones y causas de amor? ¿Quién mas bueno que vos? ¿quién mas padre, y mas amigo, y mas largo bienhechor? Finalmente, ¿quién es el esposo de nuestras ánimas, el puerto de nuestros deseos, el centro de nuestros corazones, el último fin de nuestra vida, y nuestra última felicidad, sino vos?

¿Pues qué haré, Dios mio, para alcanzar este conocimiento? ¿Cómo os conoceré, pues no puedo veros? ¿Cómo os podré mirar con ojos tan flacos siendo vos una luz inaccesible? Altísimo sois, Señor, y muy alto ha de ser el que os ha de alcanzar. ¿Quién me dará alas como de paloma, para que pueda volar á vos? ¿Pues qué hará quien no puede vivir sin amaros y no puede amaros sin conoceros? Todo nuestro conocimiento nace de nuestros sentidos, que son las puertas por donde las imágenes de las cosas entran en nuestras ánimas, mediante las cuales las conocemos. Vos, Señor, sois infinito; no podeis entrar por estos postigos tan estrechos, ni yo puedo formar imagen que tan alta cosa represente; pues ¿cómo os conoceré? ¡Oh altísima subsistencial! ¡Oh nobilísima esencial! ¡Oh incomprendible magstad! ¿Quién os conocerá?

Todas las criaturas tienen finitas y limitadas sus naturalezas y virtudes, porque todas las criastes en número, peso y medida, y les hicistes sus rayas, y señalastes los límites de su jurisdiccion. Muy activo es el fuego en calentar, y el sol en alumbrar, y mucho se estiende su virtud, mas todavía reconocen estas criaturas sus fines, y tienen términos que no pueden pasar. Por esta causa, puede la vista de nuestra ánima

llegar de cabo á cabo, y comprehenderlas, porque todas ellas están encerradas cada una dentro de su jurisdiccion. Mas vos, Señor, sois infinito; no hay cerco que os comprehenda; no hay entendimiento que pueda llegar hasta los últimos términos de vuestra substancia, porque no los teneis. Sois sobre todo género y sobre toda especie, y sobre toda naturaleza criada; porque así como no reconoceis superior, así no teneis jurisdiccion determinada. Todo hombre mortal, que criastes en tanta grandeza, puede dar vuelta por el mar Océano, porque aunque él sea muy grande, todavía es finita y limitada su grandeza. Mas á vos, gran mar Océano, ¿quién podrá rodear? Eterno sois en la duracion, infinito en la virtud y supremo en la jurisdiccion. Ni vuestro ser comenzó en tiempo, ni se acaba en el mundo; sois ante todo tiempo, y mandais en el mundo y fuera del mundo; porque llamais las cosas que no son como á las que son.

Pues siendo, como sois, tan grande, ¿quién os conocerá? ¿Quién conocerá la altura de vuestra naturaleza, pues no puede conocer la bajeza de la suya? Esta misma ánima con que vivimos, cuyos oficios y virtud cada hora experimentamos, no ha habido filósofo hasta hoy que haya podido conceer la manera de su esencia, por ser ella hecha á vuestra imagen y semejanza. Siendo, pues, tal nuestra rudeza, ¿cómo podrá llegar á conocer aquella soberana é incomprendible substancia? Ciego soy y muy corto de vista para conoceros; mas por eso ayudará la gracia donde falta la naturaleza. No hay otra sabiduría sino saber á vos; no hay otro descanso sino en vos; no hay otros deleites sino los que se reciben en mirar vuestra hermosura.

Ayúdanos tambien (para conoceros) la universalidad de las criaturas, las cuales nos dan voces que os amemos, y nos enseñan por qué os habemos de amar. Ca en la perfeccion de ellas resplandece vuestra hermosura, y en el uso y servicio de ellas el amor que nos teneis. Y así por todas partes nos incitan á que os amemos, así por lo que vos sois en vos, como por lo

que sois para nosotros. ¿Qué es, Señor, todo este mundo visible, sino un espejo que pusisteis delante de nuestros ojos para que en él contemplásemos vuestra hermosura? Porque es cierto, que así como en el cielo vos sereis espejo en que veamos las criaturas, así en este destierro ellas nos son espejo para que conozcamos á vos.

Pues según esto, ¿qué es todo este mundo visible, sino un grande y maravilloso libro, que vos, Señor, escribisteis y ofrecisteis á los ojos de todas las naciones del mundo, así de griegos como de bárbaros, así de sábios como de ignorantes, para que en él estudiasen todos y conociesen quien vos érades? ¿Qué serán luego todas las criaturas de este mundo tan hermosas y tan acabadas, sino unas como letras grabadas é iluminadas, que declaran bien el primor y sabiduría de su autor? ¿Qué serán todas estas criaturas, sino predicadores de su Hacedor, testigos de su nobleza, espejos de su hermosura, anunciadores de su gloria, despertadores de nuestra pereza, estímulo de nuestro amor y condenadores de nuestra ingratitud? Y porque vuestras perfecciones, Señor, eran infinitas y no podía haber una sola criatura que las representase todas, fué necesario criarse muchas, para que así á pedazos cada una por su parte nos declarase algo de ellas. De esta manera, las criaturas hermosas predicán vuestra hermosura, las fuertes, vuestra fortaleza, las grandes, vuestra grandeza, las artificiosas, vuestra sabiduría, las resplandecientes, vuestra claridad, las dulces, vuestra suavidad, y las bien ordenadas y proveidas, vuestra maravillosa providencia. ¡Oh testificado con tantos y tan fáciles testigos! ¡Oh abandono con tantos abandonadores! ¡Oh aprobado por la universidad, no de París ni de Atenas, sino de todas las criaturas! ¿Quién, Señor, no se fiará de vos con tantos abonos? ¿Quién no creará á tantos testigos? ¿Quién no se deleitará de la música tan acordada de tantas y tan dulces voces, que por tantas diferencias de tonos nos predicán la grandeza de vuestra gloria?

Por cierto, Señor, el que tales voces no oye, sordo es, y

el que con tan maravillosos resplandores no os vé, ciego es; y el que vistas todas estas cosas no os alaba, mudo es; y el que con tantos argumentos y testimonios de todas las criaturas no conoce la nobleza de su Criador, loco es. Paréceme, Señor, que todas estas faltas caben en nosotros, pues entre tantos testimonios de vuestra grandeza, no os conocemos. ¿Qué hoja de árbol, qué flor de campo, qué gusanico hay tan pequeño, que si bien considerásemos la fábrica de su corpezuelo, no viésemos en él grandes maravillas? ¿Qué criatura hay en este mundo, por muy baja que sea, que no sea una grande maravilla? ¿Pues cómo andando por todas partes rodeados de tantas maravillas no os conocemos? ¿cómo no os alabamos y predicamos? ¿cómo no tenemos corazón entendido para conocer al Maestro por las obras; ni ojos claros para ver su perfección en sus hechuras; ni orejas abiertas para oír lo que nos dicen por ellas? Hiere nuestros ojos el resplandor de vuestras criaturas; deleita nuestro entendimiento el artificio y hermosura de ellas; y es tan corto nuestro entendimiento, que no sube un grado mas arriba para ver allí al Hacedor de aquella hermosura y al dador de aquel deleite.

No permitais vos, clementísimo Salvador, tal ingratitud y cegueras por vuestra infinita bondad, sino alumbrad mis ojos para que yo os vea; abrid mi boca para que os alabe; despertad mi corazón para que en todas las criaturas os conozca, y os ame, y os adore, y os dé las gracias que por el beneficio de todas ellas os debo; porque no caiga en la culpa de ingrato y desconocido. Porque contra los tales se escribe en el libro de la Sabiduría, que en día del juicio pelearán todas las criaturas del mundo contra los que no tuvieron sentido. Porque justo es que las mismas criaturas que fueron dadas para vuestro servicio, vengan á ser nuestro castigo; pues no quisimos conocer á Dios por ellas, ni tomar aviso. Vos, Señor, que sois camino, verdad y vida, guiadme en este camino con vuestra providencia; enseñad mi entendimiento con vuestra beldad y dad vida á mi ánima con vuestro amor. Gran jornada es saber por las cria-

turas al Criador; y gran negocio es saber mirar las obras de tan gran Maestro, y entender el artificio con que están hechas, y conocer por ellas el consejo y sabiduría del Hacedor.»

MEDITACION DE LA PASION DEL SEÑOR.

«¡Oh ánima mía! ¿qué haces? ¡Oh corazón mio! ¿qué piensas? ¡Oh lengua mía! ¿cómo has enmudecido? ¡Oh dulcísimo Salvador mio, cuando yo abro los ojos y miro este retablo tan doloroso que se pone delante, el corazón se me parte de dolor! ¿Pues cómo, Señor, no bastaban ya los azotes pasados, y la muerte verdadera, y tanta sangre derramada, sino que por fuerza habian de sacar las espinas la sangre de la cabeza á quien los azotes perdonaron? Pues para que sientas algo, ánima mía, de este paso tan doloroso, pon primero ante tus ojos la imágen antigua de este Señor y la escelencia de sus virtudes; y luego vuelve á mirarla de la manera que aquí está. Mira la grandeza de su hermosura, la hermosura de sus ojos, la dulzura de sus palabras, su autoridad, su mansedumbre, su severidad y aquel aspecto suyo de tanta veneracion. Y despues que así lo hubieres mirado y deleitádate de ver tan acabada figura, vuelve los ojos á mirarlo tal cual lo ves cubierto con aquella púrpura de escarnio, la caña por cetro real en la mano y aquella horrible diadema en la cabeza, aquellos ojos mortales, aquel rostro difunto y aquella figura toda borrada en sangre...

.....
Crecieron los dolores del Hijo con la presencia de la Madre, con los cuales no menos estaba su corazón crucificado de dentro, que el sagrado cuerpo lo estaba de fuera. Dos cruces hay para tí, oh buen Jesús, en este día: una para el cuerpo y otra para el ánima; la una es de pasión, la otra de compasión; la una traspasa el cuerpo con clavos de hierro, y la otra tu ánima santísima con clavos de dolor. ¿Quién podrá, oh buen Jesús, declarar lo que sentias cuando considerabas las angustias de aquella ánima santísima, la cual tan de cierto sabias estar con-

tigo crucificada; cuando veias aquel piadoso corazón traspasado y atravesado con cuchillo de dolor; cuando tendias los ojos sangrientos y mirabas aquel divino rostro cubierto de amarillez de muerte, y aquellas angustias de su ánima sin muerte, ya mas que muerta, y aquellos rios de lágrimas que de sus purísimos ojos salian; y oias los gemidos que se arrancaban de aquel sagrado pecho, esprimidos con el deseo de tan gran dolor?...

Mirad, ángeles, estas dos figuras si por ventura las conocéis; mirad, cielos, esta crueldad y cubrios de luto por la muerte de vuestro Señor. Escureced el aire claro, porque el mundo no vea las carnes desnudas de vuestro Criador. Echad con vuestras tinieblas un manto sobre su cuerpo, porque no vean los ojos profanos el arca del Testamento desnuda. ¡Oh cielos, que tan serenos fuisteis criados! ¡oh tierra, de tanta variedad y hermosura vestida!..... si vosotros, que érades insensibles, sentísteis á vuestro modo, ¿qué harian las entrañas y pechos virginales de la Madre?»

SERMON DEL NACIMIENTO DE CRISTO.

«Venid á ver al hijo de Dios, no en el seno del Padre, sino en los brazos de la Madre; no entre los coros de los ángeles, sino entre viles animales; no asentado á la diestra de la magestad en las alturas, sino reclinado en un pesebre de bestias; no tronando y relampagueando en el cielo, sino llorando y temblando de frio en un establo. Venid á celebrar este día de su desposorio, en que sale ya del tálamo virginal, desposado con la naturaleza humana con tan estrecho vínculo de matrimonio, que ni en vida ni en muerte se haya de desatar. Este es el día de la alegría secreta de su corazón, cuando llorando exteriormente como niño, se alegraba interiormente por nuestro remedio, como verdadero Redentor....

Llegó aquella hora tan deseada de todas las gentes, tan esperada en todos los siglos, tan prometida en todos los

tiempos, tan cantada y celebrada en todas las escrituras divinas. Llegó aquella hora, de la cual pendía la salud del mundo, el reparo del cielo, la derrota del demonio, el triunfo de la muerte y del pecado, por la cual lloraban y suspiraban los gemidos y destierro de todos los santos. Era la media noche, mas claro que el medio día, cuando todas las cosas están en silencio, y gozan del sosiego y reposo de la noche quieta.... Pues en esta hora tan dichosa, aquella omnipotente palabra de Dios descendió de las sillas reales del cielo á este lugar de nuestras miserias, y apareció vestido de nuestra carne... ¡Oh venerable misterio, mas para sentir que para decir; no para explicarse con palabras, sino para adorarle con admiracion en silencio! ¿Qué cosa mas admirable que ver aquel Señor, á quien alaban las estrellas de la mañana, aquel que está sentado sobre los querubines, que vuela sobre las plumas de los vientos, que tiene colgada de tres dedos la redondez de la tierra, cuya silla es el cielo, y estrado de sus piés es la tierra, que haya querido bajar á tan grande extremo de pobreza que, cuando naciese (ya que quiso nacer en este mundo) le pariese su Madre en un establo y le acostase en un pesebre, por no tener allí otro lugar mas cómodo?....»

EL DESCENDIMIENTO.

«Cuando la Virgen le tuvo en sus brazos, ¿qué lengua podrá explicar lo que sintió? ¡Oh ángeles de paz! Llorad con esta sagrada Virgen. Llorad, cielos, y llorad, estrellas del cielo, y todas las criaturas del mundo acompañad el llanto de María. Abrázase la Madre con el cuerpo despedazado; apriétalo estrechamente entre sus pechos; para esto solo le quedaban fuerzas. Mete su cara entre las espinas de la sagrada cabeza; júntase rostro con rostro; tíñese la cara de la sacratísima Madre con la sangre del Hijo, y riégase la del Hijo con las lágrimas de la Madre. ¡Oh dulce Madre! ¿es este, por ventura, vuestro dulcísimo Hijo? ¿es este el que concebisteis con tanta gloria y

paristeis con tanta alegría? Pues ¿qué se hicieron vuestros gozos pasados? ¿Dónde se fueron vuestras alegrías antiguas? ¿dónde está aquel espejo de hermosura en que os mirabades?

Lloraban todos los que presentes estaban; lloraban aquellas santas mujeres; lloraban aquellos nobles varones; lloraba el cielo y la tierra, y todas las criaturas acompañaban las lágrimas de la Virgen.—Lloraba otrosí el santo Evangelista, y abrazado con el cuerpo de su Maestro, decia: ¡Oh buen Maestro y Señor mio! ¿quién me enseñará de aquí en adelante? ¿á quién iré con mis dudas? ¿en cuyos pechos descansaré? ¿quién me dará parte de los secretos del cielo? ¿qué mudanza ha sido esta tan estraña? Antenoche me tuviste en tus sagrados pechos dándome alegría de vida; y ahora te pago aquel grande beneficio teniéndote en los míos muerto. ¿Este es el rostro que yo vi transfigurado en el monte Tabor? ¿esta aquella figura mas clara que el sol del medio día?—Lloraba tambien aquella santa pecadora, y abrazada con los piés del Salvador, decia: ¡Oh lumbré de mis ojos y remedio de mi ánima! Si me viere fatigada, ¿quién me recibirá? ¿quién curará mis llagas? ¿quién responderá por mí? ¿quién me defenderá de los fariseos? ¡Oh cuán de otra manera tuve yo estos piés y los lavé cuando en ellos me recibiste! ¡Oh amado de mis entrañas, quién me diese ahora que yo muriese contigo! ¡Oh vida de mi ánima! ¿Cómo puedo decir que te amo, pues estoy viva, teniéndote delante de mis ojos muerto?... De esta manera lloraba y lamentaba toda aquella santa compañía regando y lavando con lágrimas el cuerpo sagrado.»

LA BAJADA Á LOS INFIERNOS.

«Descendió, pues, el Triunfador á los infiernos vestido de claridad y fortaleza.... En el punto que el Señor allí bajó, luego aquella eternal noche resplandeció, y el estruendo de los que lamentaban cesó, y toda aquella cruel tienda de atormentadores tembló con la bajada del Salvador. Allí se turbaron los

principados de Edon, temblaron los poderes de Moab y se pasmaron los moradores de la tierra de Canaan.

Y todos en medio de sus tinieblas, comenzaron entre sí á murmurar y decir: ¿Quién es este tan fuerte, tan resplandeciente, tan poderoso?—Nunca tal hombre como este se vió en nuestro infierno; nunca á estas cuevas tal persona nos envió el mundo nuestro tributario; acreedor es este, no deudor; quebrantador nuestro, no pecador; juez parece, no culpado; á pelear viene, no á penar. Decid: ¿á dónde estaban nuestras guardas y porteros cuando este conquistador rompió nuestras puertas y cerraduras? ¿Cómo ha entrado por fuerza? ¿Quién será este que tanto puede?

Tales cosas decían y murmuraban entre sí aquellas compañías infernales, cuando el noble triunfador entró á libertar sus cautivos. Allí estaban recogidas todas las almas de los justos que desde el principio del mundo hasta aquel día habían salido de esta vida. Allí estaba un profeta aserrado, otro apedreado, otros quebrados las cervices con una barra de hierro, y otros que con otras maneras de muertes gloriosas glorificaron al Señor. ¡Oh compañía gloriosa! ¡Oh nobilísimo tesoro! ¡Oh riquísima parte del triunfo de Cristo! Allí estaban aquellos dos primeros padres, pobladores del mundo, que así como fueron los primeros en la culpa, así lo fueron en la fé y esperanza. Allí estaba aquel santo viejo, que con la fábrica de aquella grande arca, guardó los que despues volvieron á poblar el mundo acabadas las aguas del diluvio. Allí estaba el padre de los creyentes, el cual primero mereció recibir el testamento de Dios y en su carne la señal y divisa de los del pueblo de Dios. Allí estaba su obediente hijo Isaac, que llevando sobre sus hombros la leña con que había de ser sacrificado, representó el sacrificio y remedio del mundo. Allí estaba el santo padre de las doce tribus, que ganando con ropas agénas y hábito extranjero la bendición de su padre, figuró el misterio de la humanidad y encarnación del Verbo divino. Allí estaba, también como huésped y nuevo morador de aquella tierra, el santo Baptista, y el

bienaventurado Simeon, que no quiso salir del mundo hasta ver con sus ojos el remedio de él y recibirlo en sus brazos, y cantar, antes que muriese, suavísimamente aquel tan dulce cántico. Allí tenía también su lugar el pobrecillo Lázaro del Evangelio, que por la paciencia de sus llagas mereció ser participante de tan noble compañía y esperanza.

Todo este coro de almas santas estaba allí gimiendo y suspirando por este día, y en medio de todos ellos... aquel santo rey y profeta David repetía sin cesar aquella su antigua lamentación, diciendo: «Así como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi alma á tí, mi Dios...»—Muda ya ese cantar, y canta el que mucho antes en espíritu cantaste, cuando escribiste: «Bendijiste, Señor, tu tierra; sacaste del cautiverio á Jacob; perdonaste la maldad de tu pueblo; disimulaste la muchedumbre de sus culpas.» Y tú, santo Jeremías, que por este Señor fuiste apedreado, cierra ya el libro de tus lamentaciones por la destrucción de tu ciudad y templo, porque presto verás otro mejor templo reedificado, y otra mas hermosa Jerusalem por todo el mundo renovada.»